

Volvemos a publicar, a partir de este número, la sección *Literatura y Diplomacia* que tan buena acogida tuvo en nuestra revista. En esta ocasión presentamos un fragmento del monumental texto autobiográfico del escritor mexicano José Vasconcelos, compuesto por cuatro libros que inicia con “Ulises criollo” y concluye con “El desastre”. En la parte que presentamos, el autor narra un viaje que hizo al Ecuador el año 1929, entonces bajo la presidencia de Isidro Ayora, y su encuentro con el diplomático y escritor ecuatoriano, Gonzalo Zaldumbide, quien ese momento cumplía funciones de Ministro de Relaciones Exteriores.

Es un texto de valor literario e histórico vista la personalidad de Vasconcelos y Zaldumbide.

José Vasconcelos (Oaxaca 1882 – Ciudad de México 1959) es una de las más altas cumbres de la intelectualidad latinoamericana. Miembro de la llamada Generación del Ateneo al que pertenecieron muchos brillantes escritores y artistas mexicanos. Juan Ramón de la Fuente, entonces

rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), dice en el prólogo a la edición de “Ulises criollo”, que dicha importante universidad publicó en el año 2007:

“De esta admirable pléyade de pensadores y creadores, José Vasconcelos es el más rebelde y polémico, el más apasionado y apasionante. Fundador y constructor, dedicó las energías de su joven madurez a educar y formar. Político ilustrado, quiso llevar a sus últimas consecuencias la cruzada por hacer de México una nación de instituciones civiles y plenamente democráticas. Hombre de triunfos y fracasos, de sólidos principios y enormes contradicciones... Lúcido y mesiánico, generoso y megalómano, sintió la necesidad de reencarnar a Quetzalcóatl como héroe civilizador, en oposición a Huichilobos y su trágica permanencia entre los mexicanos. Hijo de la Revolución, la generosidad y solidez de su inteligencia lo llevaron a intuir su lugar en la Historia, así como el pleno convencimiento de que la

“Revolución no era una maestra rígida...”

Cultivó las más altas expresiones del pensamiento: filósofo, sociólogo, historiador, poeta en la prosa de impecable factura...”.

Benjamín Carrión, el gran escritor ecuatoriano del siglo XX, dedicó muchas páginas de su autoría para destacar la obra y la personalidad de Vasconcelos. En su libro “Los creadores de la nueva América” (publicado en la Sociedad General Española de Librería, el año 1928, con prólogo de Gabriela Mistral), escribe un largo ensayo titulado: “El civilizador y el constructor”. En uno de sus párrafos señala: “Sí, no hay duda, este hombre sin detonación y sin estrépito, que desconoce la pose de los simuladores y habla el idioma

de todos los hombres, es el Maestro de América, de nuestra América que anhela definir su ideal y trazar su camino”.

José Vasconcelos fue autor de muchos libros de muy diferente temática. Sin embargo su obra cumbre fue su autobiografía de más de mil páginas en la que narra desde su infancia hasta sus desencantos políticos con un proceso revolucionario que paulatinamente fue traicionando sus principios y cayendo en la más repugnante corrupción. Del libro “El Proconsulado” (Editorial Jus, S.A., México, 1968, páginas 331 a 350) presentamos aquí, como dijimos al comienzo, su encuentro con el Ecuador.

Embajador Galo Galarza\*

\* Embajador de Carrera del Servicio Exterior Ecuatoriano

José Vasconcelos

## EN MEMORIA DE SUCRE

En La Unión, tuvimos la sorpresa de que se nos recibiera de fiesta, con un arco enflorado y gentes de a caballo, comisiones y bullicio popular. Alguien había corrido la noticia, con la debida anticipación y nos hallamos todo un programa que tuve que acortar, pues no quería perder tiempo en el camino. Lo esencial fue que se aprovechó nuestra visita para un homenaje a Sucre, cuyo monumento está a poca distancia, en Berruecos, en el sitio mismo en que cayera asesinado por los dictadorzuelos, que aprovecharon la Independencia. En caballos, en carros y a pie, se transportó el vecindario, circundó la modesta columna de piedra blanqueada que, a un lado del camino, recuerda al viajero la tragedia más penosa de nuestra historia. Rememorarla es confirmar la condena del militarismo, que desapareció de Colombia, pero sigue deshonrando territorios de nuestra estirpe. Y por lo mismo que Colombia supo extirpar a tiempo la plaga, Sucre se ha vuelto allá el símbolo de todo lo que es noble y puro en la historia. La

improvisada ceremonia resultó conmovedora por la nitidez con que los vecinos de la remota ciudad, entendieron mi caso de víctima del militarismo mexicano, vendido al yanqui. En lugar de honor quedó mi corona de flores con otras del Ayuntamiento y de sociedades locales. Y no hubo soldados en la ceremonia, no vimos uno solo en todo el recorrido; apenas si ya en Ipiales, en la frontera con el Ecuador, hallamos guarnición, y por cierto muy bien instalada en un cuartel flamante y bien vestida y cortés la oficialidad. Y de todos respetada porque no interviene en la política, no ejerce mando alguno civil, no estorba la autoridad del Alcalde. Fiel a la tradición castiza, el Alcalde gobierna poblados y ciudades en todo Colombia. En el libro que guarda el Ayuntamiento de La Unión, me hicieron escribir un homenaje a Sucre, luego se nos despidió entre vítores y manos que se alzan, en el deseo del buen viaje.

Durante mucho tiempo guardé, con cariño, la fotografía que se tomó al pie del monumento y que fue a alcanzarme a Pasto, firmada al calce por cada uno de los claros varones

que son custodios de la tradición heroica, encarnada en Sucre.

Como espectáculo, el más hermoso trayecto es el que parte de Berreucos rumbo a Pasto. Un viejo camino real sube atrevido, enlazando montañas cubiertas de verdor, ríos y barrancas. La vegetación se hace densa en las cañadas. En las cuestas sopla viento gélido. En todos sentidos se miran picos y macizos montañosos que convergen hacia el famoso nudo de Los Andes, señalado por Humboldt. Después de zig-zags, a la falda de las cumbres, baja el camino por una vereda estrecha que conduce al cañón de Juanambú. Desde un voladero, se descubre una corriente clara y sobre ella el arco de mampostería de un viejo puente. Espacio se saborea el panorama bárbaro, sin embargo, marcado con el sello latino del pretil y el arco que parecen acomodados a la perennidad de la naturaleza misma. Y el paisaje se repite variando apenas; se trepa fatigosamente para volver a bajar por quebradas asombrosas. Es frecuente topar viajeros con sus cargas y abundan las aldeas. Donde hay ríos, se establece el hombre, hoy lo mismo que en la prehistoria, según lo prueban las tumbas de los Cubas, anteriores al Inca, a orillas del Juanambú.

Empezaba ya a oscurecer, cuando gozamos la emoción de pisar los terraplenes de la carretera que se estaba construyendo entonces, a partir de Pasto, y que, según entiendo, corre hoy por todo el Patía. Pero faltan

aún muchas leguas y varias horas de caballo para llegar a Pasto, el término de nuestras fatigas. Nubarrones cargados amenazan con aguaceros más temibles aún porque ya vamos entumecidos por el frío de las alturas. Doble la espalda uno de esos quebrantos que hacen desmayarse al nadador, en el momento de ganar pie, a la vista de la playa. De pronto, en la lejanía y a la vuelta de una de tantas cuestas, brillan luces de faros de automóvil; un par de ojos luminosos primero, luego, otros y otros más. ¿Quiénes pueden ser y a dónde pueden dirigirse, si detrás de nosotros ha quedado la zona intransitable para los vehículos?.

Un cuarto de hora más tarde, hundido en el asiento acojinado de un cómodo limousine, me acariciaba la charla de un caballero de cabellos blancos, el Gobernador de la Provincia, que junto con su séquito distinguido, había salido a rescatarnos. Al rato, en un hotel abrigado, alfombrado, lujoso casi, nos sirvieron unos cocktails espesados con huevo, que incitaban a repetir. A esto siguió una cena estilo francés, acompañada de vinos sabrosos y cordialidad bien educada. Temprano se nos dejó solos, bien instalados en alcobas silenciosas, tibias, muelles. Y fue un regalo aquel reposo, para nuestros cuerpos maltrechos.

Vive aislado Pasto, sobre una meseta cercada de montañas, separada del mar, distante de toda Metrópoli. Quizás esto explica la

singular, ilimitada hospitalidad que allá se estila. Y asombra lo que, en su retiro, ha podido hacer la raza que habita la comarca. Raza española, de vieja cepa, con mezcla de indio, más notoria que en el resto de Colombia. Por el ambiente y aun por sus construcciones, la ciudad se parece a una de las nuestras del interior, a Toluca, por el aire helado que baja de la serranía y por las siembras de maíz, de trigo, de papa; sin embargo, supera a Toluca por causa de industrias, como la talabartería, la ebanistería y el comercio desarrollado. Las casas son de dos pisos, con aleros pronunciados, balcones salientes y rejas en los bajos. Una catedral barroca del dieciocho, eleva sobre sus muros robustos, naves hermosas. El Palacio de Gobierno es de estilo neoclásico y hay dos colegios importantes, el de Maristas, con talleres modernos, y el de los Jesuitas, instalado en hermoso edificio de tres pisos y patios espaciosos. Las construcciones son de piedra y ladrillo y también de bloques y lienzos de un adobe o argamasa de arcilla, de consistencia como la del cemento. Y se miran tristes las calles largas y rectas, empedradas a la antigua, por las que pasa de cuando en cuando, un par de caballeros trajeados a la europea, mientras toman el sol, a orillas de las aceras, indios embozados en sus ponchos, inmóviles y taciturnos.

Se cumplió con las visitas de rigor y produjo una conferencia sobre

las ruinas de un teatro que no llegó a inaugurarse y nos hubiera vencido la murria sin la tertulia que en los salones de nuestro hotel mantenían, a mañana y tarde, nuestros obsequiantes, encabezados por el Gobernador, que nos demostraba cariño, se preocupaba de nuestras menores necesidades. La buena charla consumía las horas; se nos insistía para que tomásemos descanso de varios días en la más olvidada, pero acaso, la más cordial provincia de la tierra colombiana.

Orgullosamente, nos hicieron prescindir de nuestras cabalgaduras y en un par de automóviles oficiales se nos trasladó cuando lo quisimos, hasta la frontera con el Ecuador, acompañados de unos cuantos vecinos y despedidos tiernamente por el venerable caballero que ejercitaba la suprema autoridad en la región. A medio trayecto de un camino magnífico de panoramas, está el famoso Santuario de Las Lajas. Torrecillas barrocas, cúpula de media naranja, sobrios muros incrustados en la roca viva de la garganta del río Carchi. Según se desciende al costado de la sierra, descúbrese la fachada severa del templo; al lado hay un convento de dos pisos con puertas de arco. En seguida, y sobre un atrevido puente de cantería, se fabricaban muros de una Basílica, que acaso hoy se halle terminada. De los barrocos cuelgan vegetaciones frondosas; el golpe de la corriente engendra músicas informes. Una canción hecha de poesía y

de creencia pervade todo el ambiente. Mi compañero Restrepo entra a la Iglesia y lo sigo. La persignada, ese conjuro sagrado, que establece entre los hombres de todas las razas el parentesco espiritual máspreciado del mundo, viene a mis manos con la naturalidad de lo que se aprendió en la infancia. Y el ansia del rezo, que es como una sed de las almas, se satisface brevemente; más bien que pronunciaba por los labios, brota silenciosa la plegaria de lo profundo del corazón. Y se comprende el afán de los doce mil peregrinos que, cada año, desafían incomodidades sin cuento para llegar al sitio en que la leyenda registra una aparición de la Virgen del Rosario, o sea, una de esas ventanas que, por excepción, abre el cielo hacia el sórdido mundo de las apariencias, nada más naturales.

La última ciudad colombiana por el lado del Ecuador, es la próspera y antigua, bien construida Ipiiales. Domina un angosto valle circundado de montañas soberbias. La influencia de Montalvo, que en ella vivió proscrito, perdura aún y se le cita familiarmente. Su literatura ha marcado el ambiente. Y es costumbre llevar al viajero por extramuros para que observe en el ocaso, encima de las montañas, entre formaciones densas, las nubes verdes que menciona el gran prosista. La casa en que vivió, luce una placa y perduran las anécdotas de su orgullo de mulato pobre, olvidado de la mayoría, res-

petado por unos cuantos, en los años largos de su exilio combativo. En rigor de Ipiiales en adelante, y por todo el Ecuador, lo mismo en Otavalo que en Ambato, el país entero está penetrado de los dichos y los hechos del grande hombre que dio fisonomía a su raza.

Una iglesia romántica, desnuda, pero bien proporcionada, de tres naves espaciosas; un buen hospital, y dos o tres fábricas de sombreros de palma jipijapa, son los lugares que el viajero frecuenta. Al presentarnos al Consulado ecuatoriano para pedir la visa de nuestros pasaportes, el Cónsul, muy correcto, declaró: "Usted no necesita visa para entrar a mi país."

## EL ECUADOR

Un tanto divertido es el formulismo a que son tan afectos los sudamericanos; en vez de tomar un taxi de punto, para cruzar la frontera, fue necesario esperar a que una Comisión me llevara del hotel a la garita que está enfrente de la ecuatoriana. En ésta última nos esperaba otra Comisión de recepción, compuesta del Alcalde de Tulcán, el Jefe de la Zona con dos ayudantes y diez o doce particulares. De la Aduana pasamos al Ayuntamiento. Sala con estrado al fondo y sitiales, viejos retratos en los muros: el Alcalde me sienta a su derecha; da lectura el secretario al acuerdo que me declara huésped de honor de Tulcán. Di las

gracias en breve alocución; firmé un “pensamiento” en libro de actas, y aunque eran menos de las once de la mañana, se sirvió champaña. El programa señalaba un almuerzo para ese mismo día en el Cuartel.

Tomándome bajo su amparo, con gran amabilidad, el Coronel Jefe de la Zona me hizo visitar su campamento, bien montado, limpio, distribuido en casas para oficiales y dormitorios para la tropa. Al medio día, en un espacio refectorio, se sirvió una comida excelente; uno de los oficiales ofreció el agasajo. Respondí agradeciéndolo y sorprendido de tales honores dispensados a un particular. Y llevé la mejor impresión de aquella oficialidad apuesta, disciplina y culta. Como antecedente, conviene recordar que, en la Secretaría de Relaciones del Ecuador, estaba por entonces Gonzalo Zaldumbide, ilustre escritor y amigo mío de años atrás en su Legación parisiense. El gobierno del Ecuador se hallaba a cargo de un Doctor Ayora, no muy querido al parecer, pero que se había sabido rodear de buenos ministros, como el de la Guerra, un Coronel Guerrero, que a su tiempo conocí, en una comida, y era hombre de carrera, muy estudioso, complementada su educación en Europa. En general, procedía la clase militar de las Academias. Y aún así, era imposible no advertir el contraste de la Colombia civilizada y progresista, donde el soldado no aparece en la vida pública, y el Ecuador, atrasado y empobrecido,

pero con sus soldados en primera fila, desde las aldeas hasta la capital. Rendida, pues, la pleitesía al elemento dominante, se hizo entrega de mí al Alcalde, que me tenía alojamiento en su propia casa. Era ésta de dos pisos, la mejor alcoba de los altos quedó a mi disposición; al Ingeniero Restrepo le dedicaron otro lateral. En los bajos, en un salón espacioso comenzamos a recibir después de la siesta, a los buenos vecinos que acudieron a conversarnos. De cosas de México, de cosas de América, se informaban todos. Y opinaban con acentuado sentido continental, más exaltado si se quiere, en países pequeños como el Ecuador, que en la Argentina o la misma Colombia. Esa misma tarde, concertamos el viaje a la Capital. Toda una larga jornada tenía que hacerse a caballo. Era tiempo de lluvias y esto hacía que los caminos fuesen bastante inseguros. Alegué que en mi país estaba acostumbrado a los malos caminos de montaña y quedó convenido que partiríamos temprano al día siguiente. No quiso el Alcalde que mi compañero Restrepo se ocupase de conseguir las bestias: todo corría por su cuenta; nos conduciría personalmente a la ciudad de Ibarra, donde hallaríamos ferrocarril para Quito. Estábamos en estos arreglos, cuando llegó telegrama del círculo vasconcelista de Otavalo, agrupación que funcionaba años atrás, le había dado mi nombre a una escuela y había mantenido correspondencia conmi-

go. Acepté detenerme unos días para visitarlos.

Por la noche nos sirvió el Alcalde un banquete suntuoso de más de cuarenta convidados. Hubo música y discursos y eran las dos de la mañana y no acababan las libaciones. El clima frío de la región incita a beber mucho y fuerte. Sirvieron en la mesa vinos de uva, pero después de la comida se empezó a beber un aguardiente homicida semejante a nuestros mezcales. El azote de la meseta, pensé. Y empezó a preocuparme el reloj. Estaba convenido que partiríamos a las cinco de la mañana. “Confíe usted en mí, decía el Alcalde; yo estaré listo aunque no duerma”; pero yo no, medité y por fin logré escapar, dormí unas horas. Apenas amaneció desperté a Restrepo. Sintió la casa nuestro movimiento y pronto apareció ya con las botas puestas el buen Alcalde, que era hombre alto, robusto, blanco, muy decidido o simpático. Y aunque no deseábamos comer, se nos bajó a la mesa servida, con carnes frías y panecillos, dulces y frutas y el famoso chocolate ecuatoriano que yo había reclamado. Mientras comíamos, a pesar de la hora temprana, empezó a llegar gente; conversábamos y no partíamos. Alguien informó que los caminos estaban impasables, que era prudente esperar. Viendo mi ansiedad, el Alcalde ordenó que a pesar de todo partiéramos. Encabezó él a los jinetes: un grupo numeroso de a caballo, nos acompañó una o dos

leguas fuera del pueblo. Estaba neblinosa la mañana y el terreno mojado. Avanzamos despacio; va la ruta sobre montañas interminables. En una pendiente vimos que las mulas de unos arrieros, bien cargadas, se deslizaban cuesta abajo, por las ancas. Un lodo resbaladizo impedía el avance. Llevábamos buenos caballos y tomando la delantera, pretendí poner el ejemplo. Mi caballo, respondiendo al castigo, inició el ascenso con brío; a los pocos pasos, patinó, dobló las manos, me echó sobre el fango. Levantándome, quise subir a pie; mis pisadas resbalaron como sobre jabón. Parecía realmente imposible seguir adelante y recordé aquellos relatos de la abuela, sobre los caminos que tuvimos que atravesar por Guatemala, siendo yo un nene de dos años. ¡No eran fábulas de anciana: existían caminos impasables mientras dura la lluvia! Y fue entonces cuando el Alcalde mostró su temple. En vez de ordenar el retroceso, cosa que ni mi aguda impaciencia habría censurado, se acercó, me ayudó a montar de nuevo y resolvió: “Nos saldremos del camino, iremos a campo traviesa; y forzando un cercado nos metió por unas siembras rodeando el caserío de una aldea, hasta tomar de nuevo el sendero. El paso era lento; el campo, cubierto de grama, estaba cenagoso; se atacaban las bestias, resoplaban; luego, al azote, seguían. Y esto duró varias horas. Subimos, sin embargo, hasta que la vegetación fue perdiendo co-



lor. En el páramo ya no se ven sino pequeñas palmas cloróticas que llaman frailejones, por la especie de capucha blanca que les sale en la punta. La acción clorofílica, se vuelve nula en aquella altura de cuatro mil metros sobre el mar. Nunca he sido fuerte para los cambios bruscos de presión. El terrible soroche, mareo de la montaña, empezó a preocuparme; los oídos zumban; los rostros de los acompañantes ser miran pálidos. Sólo nuestro amigo el Alcalde avanzaba impertérrito, rubicundo. A mi lado, Restrepo no se quejaba, pero en un desnivel, al bajar una pendiente, le resbaló el caballo, y él se fue por las orejas. Animosamente se levantó y volvió a montar. Reímos todos, pero yo pensaba: si a mí me tira, ya no tendré fuerzas para treparle a la montura. Me sentía al borde del vértigo. Me afirmaba en los estribos y procuraba alejar la preocupación que agrava, a menudo, precipita el colapso.

El Alcalde llevaba un mozo de la región y lo hizo adelantar, a fin de que, de una finca ya no muy distante, nos mandaran en caso necesario, auxilio. Cuando ya desesperábamos, se abrió una de esas visiones que hacen la grandeza del paisaje en las montañas. Perdida en la extensión inmensa de un valle limitado por cordilleras, se veía la casa de una hacienda. Un anfiteatro de cumbres, cerraba a gran distancia el horizonte. Pero el descenso fue penoso, largo. Resultaban tan pronunciadas las pendientes

que era menester un esfuerzo para no rodar con todo y bestia. Los animales mismos van tomando la horizontal; a ratos, parece que la desandan, pero lentamente se avanza y también, muy despacio, se va recobrando la confianza porque el aire es menos delgado; se respira mejor, se va saliendo de la región peligrosa del vértigo. Lluvias intermitentes nos habían mojado por debajo de la manga de viaje, pero la proximidad del refugio nos hizo olvidar el frío, la incomodidad. A la mitad de una de las cuestas más pronunciadas, nos alcanzaron los caballos de la hacienda, pedidos por el Alcalde. Remudamos y se hizo más fácil la marcha. En la casa de la finca nos salieron a recibir los dueños, dos hermanos ingenieros jóvenes, educados en los Estados Unidos. Atendían sus cultivos de trigo, sus ganados y se daban buen trato; en el salón, alfombras y ponchos finos; en la mesa, revistas en inglés. Y en la chimenea, un buen fuego, que seca nuestras ropas, en tanto que el whisky nos devuelve a una sana temperatura. Eran como las cuatro de la tarde; nos sirvieron de comer y se habló por teléfono a Ibarra; contestaron que salían autos a nuestro encuentro. Para ganar tiempo, los dueños de la finca nos subieron en su propio automóvil. Y avanzamos por una carretera que corre a la falda de una sierra escarpada, granítica, por una garganta estrecha que baja a la tierra caliente y atraviesa una hoya no menos famosa

y malsana que la del Patía. Pero se cruza rápidamente, gracias al auto. En uno de los claros de la montaña, bajo la hondura de un cielo de límpido azul, pasó volando una pareja de cóndores majestuosos.

Ya en la oscuridad de la noche, nos encontramos con los que venían de Ibarra; me pasaron a uno de los coches nuevos. Ponían mucho empeño los ocupantes en que no se abrieran las ventanillas, porque estábamos aún en la zona baja y temían el piquete de los mosquitos. A Restrepo y a mí ya nos tenían tan vacunados que sonreíamos de la precaución. Pero empezamos a descubrir ese horror que demuestran los ecuatorianos por las zonas bajas tropicales. Abrigado, llaman al clima de altura, y yo lo encontraba terriblemente desabrigado, con sus vientos cortantes, peores que los de la meseta mexicana. Y añoraba el calor de la costa.

Lo más notable de esa noche fue la cena que nos sirvieron en el casino de la localidad, que no correspondían, por su excelencia, a la importancia escasa de la población. Cocinero francés, nos advirtieron, y, en efecto, hubo buena sopa y pasteles de carne, legumbres y postres, con la legítima champaña. Un refinamiento bastante común, por otra parte, en las pequeñas ciudades sudamericanas. El viaje a Europa es por allá complemento de educación y compromiso social. Casi no se es persona, menos personaje, si no se puede

hablar con naturalidad de las fondas parisienses, los paseos del Viejo Mundo. De los Estados Unidos, en cambio, no aceptan sino los tractores, las máquinas para la agricultura.

Una viva satisfacción fue tener, a la misma mesa de nuestros amigos de Ibarra, al bravo Alcalde de Tulcán, que por vernos a salvo se salió de su provincia.

## OTAVALO

Ubicado en una estrecha meseta a inmediaciones del Imbabura, Otavalo disfruta de lo que llaman por allá clima abrigado, quizás se refieren a que se halla al abrigo de los mosquitos, que no resisten lo que apenas el hombre soporta: un viento escalofriante que sopla eternamente. La ciudad vive de siembras de trigo y de papa y de algunas pequeñas industrias y es un centro espiritual de importancia en el Ecuador. Muchas ciudades de las nuestras quisieran contar, por ejemplo, con una biblioteca como la que en Otavalo sostiene el Municipio, ayudado por el grupo de escritores y amantes de la cultura que difunden el nombre de su ciudad por medio de una revista muy selecta, aunque de vida discontinua. El Palacio Municipal es un buen edificio de dos pisos de mampostería, con anchos corredores para disfrutar el panorama del volcán y la cordillera. Las salas altas guardan retratos de los próceres locales. Y en la planta baja, está la biblioteca, re-

partida en un salón principal y dos o tres oficinas y anexos. Cinco mil volúmenes seleccionados están allí a disposición del vecindario y sinnúmero de revistas y periódicos del día. Regularmente se adquieren libros nuevos y constantemente hay dos o más empleados dispuestos para servir, orientar a los lectores. Una junta privada y el Municipio atienden a la conservación y mejora del Instituto, que es pequeño, pero da esa impresión de vida que es raro encontrar.

Dos o tres días disfrutamos la compañía de los remotos amigos de mi círculo otavalense. Cada una se esmeraba en la deferencia. A pretexto de que no querían que fuese a sentirme solo, cada una de las tres comidas congregaba más de una docena. Invitados por el Alcalde, hicimos un paseo por cierta laguna, que goza fama de pintoresca, pero soplaba un viento tan agrio que hubiera sido preferible estar encerrado. Y la autoridad insistía: “¿Qué le parece el volcán Imbabura? Otros viajeros que hemos tenido por aquí, han asegurado que es una de las maravillas del mundo; Fulano y Zutano, lo han repetido en libros. ¿Usted qué opina? ¿Irá usted a decir eso mismo? ¿Verdad que es insuperable?” Lo malo es que yo había visto tantos volcanes y me había maltratado el cuerpo con tantas sierras que más bien ambicionaba la dulzura de una pradera en la tierra baja de las inmediaciones del mar. Y las mesetas del Ecuador son demasiado altas; más altas que las

nuestras y más frías y desapacibles, desabrigadas por más que insistiesen nuestros amigos en que contaban con un clima “abrigado”.

En cambio, una excursión que hicimos a caballo al pueblo inmediato en que se celebraba una feria, resultó verdaderamente interesante. Al principio, el Alcalde no quería que fuésemos... Padecía el complejo del mestizo nuestro de la época de Porfirio Díaz, enemigo del color local, por sonrojo de su sangre indígena. Insistí porque me dijeron se trataba, no precisamente de fiesta de indios, como despectivamente juzgaba el Alcalde, sino de una pantomima colectiva como las que subsisten en determinados lugares de Europa y que la Iglesia ha naturalizado en todo el Continente Americano.

Durante varios días, indios y no indios, comunidades y particulares, se visten trajes extravagantes, se ponen caretas, se disfrazan, ya de conquistador, ya de cacique, y con sus mujeres al lado, en trajes de colores vivos, pendientes en las orejas, y en el cuello, toda suerte de collares, se lanzan por las calles bailando en procesión; seguidos de músicas tristonas, se pasan en el atrio de los templos horas y horas entonando cánticos, formando ruedos de bailarines y no pocos terminan ebrios porque beben mezcal y ya no el buen vino de los conquistadores. Es decir, hemos podido conservar los trajes que nos inventó la Colonia, pero no el cultivo de la vid que requiere ciencia y

paciencia. Por eso también, la alegría sana de las fiestas en que circunda el vino fermentado, se nos ha vuelto un confuso, secreto regodeo sombrío en que el grito atávico del bárbaro, reemplaza la risa clara del civilizado. Sin embargo, mientras desfilan en su paseo lento, monótono, los bailaradores alcoholizados, se comprueban en los disfraces, los colores y el corte de las ropas, la comunidad del estilo, que el español dio a las distintas tribus de México, del Ecuador y, sin duda, más al sur. Una réplica de nuestras danzas regionales, seudoindígenas, son las danzas del Ecuador, lo mismo que las de Nuevo México; como que son invención, no del indio, desprovisto de industria y de comunicaciones, sino del conquistador que difundió unos mismos sones, un mismo gusto, igual cultura, de California a La Pampa.

El mismo sello castellano se conserva en el Ecuador, en las casas de las poblaciones y en el trato caballeroso de los vecinos. Y nada pueden contra él los agentes de la penetración imperialista. De eso conversamos al regresar a caballo, por llanos y cuestras. Sobre una colina me señalaron la casa abandonada de un pastor protestante, que en vano quiso catequizar a los indios más ignorantes. Le faltó, comentábamos, el aparato artístico que trajeron los españoles y la superioridad de una cultura que fue capaz de abarcar y transformar todos los aspectos de la vida y no únicamente su técnica.

Ningún esfuerzo intelectual me es tan penoso como el dictar una conferencia y como en el Ecuador no hay costumbre de pagarlas, había logrado eximirme de hablar en público en Tulcán y en Ibarra; pensaba que con las conferencias que ya me había contratado por telégrafo la Universidad en Quito, bastaría para salir de paso. Pero en Otavalo no hubo manera de eludir el compromiso. Y lo cierto es que hablé con gusto al público selecto que llenó el pequeño teatro. Y no hice sino explayar lo que ya había expresado en las conversaciones particulares. Había allí un círculo de dirigentes, futuros o actuantes y procuré demostrarles los peligros de la penetración que empieza, como en México, revestida de la mansedumbre del predicador metodista y acaba en la intromisión descarada de la política interior, a la manera de Morrow, el Embajador. El boicot mortal de las doctrinas exóticas y la autonomía económica, el desarrollo de nuestras propias industrias, eran los remedios contra la invasión que prometía ser más dura que el coloniaje español, por lo mismo que era extraña a nuestras tradiciones y nuestra sangre.

## EL TESORO DE LA AMISTAD

La confianza en los lazos de la amistad espontánea, ha solido dirigir mis pasos y rara vez me ha decepcionado. Sin la vieja simpatía del círculo de amigos de Otavalo, quizás

no me habría decidido al viaje por el Ecuador. Si Gonzalo Zaldumbide no hubiese sido entonces Ministro, no hubiera llegado a Quito tranquilo; más aún, precedido de toda suerte de consideraciones y presagios dichosos. El Rector de la Universidad me instaló por cuenta de su Instituto, en el mejor hotel; cómodas alcobas y a la mesa una botella de vino francés, añadido al menú, como en las fondas parisienses. Un hermano de César Arroyo me llevaba por las mañanas flores de su jardín. Un caballero acomodado, coleccionador de arqueología, entendido en arquitectura colonial, me dio a conocer las magníficas Iglesias y Conventos. El de San Francisco es de una hermosura que rivaliza con las mejores construcciones del mundo. Cúpula redonda y torre barroca, sus claustros son eco de la poesía del oriente, graciosa y recia. La Iglesia de la Compañía, obra jesuítica, posee retableos que igualan a las mejores de Puebla. El Salón de los Cabildos no tiene par en nuestro México. Y en suma, Quito es en arquitectura, la primera de las ciudades de Sudamérica. También en higiene sobresale, toda asfaltada y limpia, recién pintada en colores claros las casas particulares; noble, macizo, el neoclásico de la Catedral que guarda los restos venerables de Sucre; risueño el jardincillo de la plaza principal, cerrada con edificios mediocres modernos, pero bien cuidados, flamantes.

Manejando su propio automóvil, Zaldumbide me hizo conocer las afueras; me subió por la falda del volcán Pichincha; sembrado de eucaliptus, el sitio de la célebre batalla; lo que me hizo exclamar: “Hasta ahora entiendo eso de que una batalla se diera en un volcán. “Pues tiene usted razón”, asintió Zaldumbide, y reímos. Y atento no sólo a mi comodidad y recreo, también a mi espíritu, discretamente me señalaba nombres y títulos de libros nuevos, útiles para enriquecer los temas americanos que venía yo tratando. El hilo de París nunca lo corta el distinguido escritor, y esto, en vez de crearle en su país suspicacias, le aumenta la autoridad, pues hay en todo ecuatoriano el deseo de hacer más culta a su patria, más parecida a Europa.

Recordé que alguna vez, comentando un cambio político en el Ecuador, le había preguntado a César Arroyo, en Marsella: “¿Y cómo quedará ahora Zaldumbide? ¿Lo retiran de París?” “¡Ah, no! declaró Cesarito. A Zaldumbide nadie se atreve a tocarlo; el que lo hiciera caería en desprestigio: es el primer escritor del país; ¿quién podría substituirlo dignamente en Francia?” Así era, pero es admirable un pueblo que sabe apreciar de esa manera sus hombres de letras, sus ciudadanos eminentes. Y la admiración y el respeto se les convierte a los ecuatorianos en veneración, cuando se trata de los grandes patriotas difuntos. Los héroes nacionales, no son allá Flores,

el general Dictador que fundara la República y ya nadie recuerda, sino por sus crímenes; tampoco son sus grandes patriotas, ilustres inéditos a la manera de Hidalgo, Morelos, Juárez, que cuando un extranjero pregunta donde están sus obras, qué libros dejaron escritos, tenemos que bajar confusos la cabeza, pues eran letrados y no se expresaron. Los prohombres de la historia ecuatoriana son tipos como Rocafuerte, escritor y Ministro de México, en Inglaterra, luego, en su patria, Presidente Benemérito. Y por encima de todos, Montalvo, cuyos diez o doce libros son el tesoro que el país ofrenda a sus visitantes. Eso me obsequiaron en Ambato, la colección Montalvina, que expresa y resume lo mejor del alma nacional. Memoria respetada es también la del arzobispo González Suárez, que además del ejemplo de su vida dejó siete tomos de una Historia de la República del Ecuador. Desgraciadamente, eso de dedicarse a la historia de un país, es condenarse uno mismo a ser provinciano por toda la eternidad. Pues ¿quién va a echarse a cuestras fárrago parecido, así lo redacte un genio?

En la casa de Zaldumbide, después de una cena íntima, quedó determinado que bajo el patronato del Rector, allí presente, daría yo una conferencia en el Teatro Principal sobre tema educativo. Después de esa conferencia quedaría libre para dar, por mi cuenta y riesgo, una plática popular sobre la política mexicana

del momento. Movilizando Zaldumbide amigos y Legaciones, logró teatro lleno para el primer acto que fue de invitación. Asistieron a los palcos las primeras familias de la capital y hubo plétora de periodistas, escritores, profesores y estudiantes.

Palpitaba en la sala esa ansiedad que precede a las ocasiones muy anunciadas y de las cuales espera mucho el auditorio, tal y como en la tarde inicial de un diestro famoso. La conciencia de mi insignificancia ante aquella exagerada expectación, estuvo a punto de convertirse en pánico. Y de haber seguido el impulso instintivo, echo a correr fuera del teatro y con rumbo al hotel y a la frontera. Contra deserción parecida me defendía la creencia de que llevaba mensaje útil para un público que era porción de mi propia raza amenazada. De suerte que comencé enumerando las maneras como podría cumplirse el compromiso de unidad que el pasado nos impone; insistí en la urgencia de salvar nuestra singularidad en medio de las manifestaciones superiores de la cultura universal. En nombre de tal misión, debíamos combatir las influencias que tienden a hacernos parias por el cuerpo y por el alma. En la tensión del ambiente había algo del imán que sujeta corpúsculos, así el pensamiento liga, orienta las conciencias.

Haciendo la crítica que debe proceder a la formulación del rumbo nuevo, caí, sin quererlo, en la mala voluntad de algunos oyentes, según

más tarde supe. Hablé de profesores de otra era, que a fin de lucirse ante el alumno, guardan celosamente el librito recién llegado de Europa en vez de ponerlo libremente en las manos de los alumnos. “Dio usted en la llaga”, me reveló años después, en París, Velasco Ibarra, que se halló aquella noche entre el público. “Mucho de eso había aún en nuestra Universidad, agregó, y su observación fue el principio de las resistencias que en seguida se le manifestaron”. Lo peor fue, según consenso de diversas autoridades, que en la conferencia sobre política, me atreví a mencionar a la masonería como una de las fuerzas que apoyaban a Calles en México. Ostensiblemente le otorgó no sé qué banda o cinturón, en premio de las matanzas de católicos. En la ocasión, no supuse que denuncia tan obvia me acarrearía mala voluntad ni entre los masones, porque si yo fuese masón, aprovecharía cualquier crítica sincera para corregir los yerros de mi cofradía y habría de exigirle que se pusiera a la altura de lo intachable o la largaba con todo y su infamia. En todo caso, agradecería más bien al denunciador del mal y le diría: venga con nosotros a nuestra asociación para ayudarnos a purificarla. A ello están obligados, por lo menos, quienes, según entiendo, postulan el liberalismo y la tolerancia como principios supremos de la convivencia humana. El hecho es que yo, por aquellas fechas, no tenía la menor idea de que andaba, sin sa-

berlo, en propaganda antimasonía. Circunstancias que más tarde se me fueron presentando, sirvieron para que los obstáculos inesperados, acabaran por abrirme los ojos.

Se dio una fiesta de caridad durante mi estancia en Quito y tuve que asistir a ella la patrocinada y contribuían al espectáculo las cuñadas de Zaldumbide y otras señoritas de alta sociedad. Desenterré de la misma maleta que había atravesado la hoya del Patía, un viejo smoking y no tuve que preocuparme de conseguir palco, porque el Embajador argentino, el excelente Barilari que años antes conociera en Buenos Aires, sabiendo que yo no ponía un pie en la Legación mexicana, representante de usurpadores, me dio por domicilio legal la Embajada de su país. Y me sentó en su palco, al lado de la guapa, elegante embajadora. Cuando el Ministro de Norteamérica fue a saludarla, me presentó la dama sin el menor reparo. Y me aconsejaba Barilari: “Siga hacia el sur y quédese en la Argentina; el gobierno de Irigoyen es el único que, por el momento, de toda la América, puede darle apoyo a su propaganda”. Me seducía una gira de conferencias por la Argentina de entonces, y si no me decidí, es porque se siente muy lejos aquel escenario. Por otra parte, deseaba acercarme a México por razones de familia. Mi hija se había casado y estaba contenta, pero mi hijo con mi esposa se hallaban en los Ángeles y

precisaba ir a rescatarlos. Además, me urgía reunirme con Valeria, que por cable me comunicó una mala noticia. Se había vuelto a escapar de México, pero no en paz, según habíamos convenido, sino raptándose al hijo en avión. Me exponía el proyecto de gestionar divorcio en Inglaterra, con patria potestad exclusiva. Le escribí desaprobando sus planes: la prolongada discordia le robaría tranquilidad para el trabajo. Además, si no contaba con dinero en cantidad, los gastos de un juicio en tierra extranjera, la arruinarían. Sobre sus finanzas nunca me habló en detalle, pero su reciente situación apurada de California, me hacía temer que otra vez se viese comprometida. Mis propias ganancias no iban a servirle ni para empezar; todo lo expresé francamente, aconsejándole volviese a México para arreglar sus asuntos en forma definitiva. Y no supe más de ella sino a las seis semanas, cuando llegué a Cuba.

De Quito, me despedí cordialmente. La impresión de esta visita consta en el artículo, único que guardé, como una especie de “souvenir” documentario. Dice así:

“Vasconcelos: he ahí un hombre que tiene un Inri en la frente; el Inri de todo idealista, de todo pensador que pone, sobre el poder brutal de la fuerza, el poder moral de la idea; sobre las violencias de la autoridad, de dignidad suprema de la libertad humana. Este Inri, es una aureola y

es un estigma. Estigma para la canalla que adora la fuerza, el mando, el éxito y el poderío.

En esta hora de servilismo que envuelve a la humanidad, lo dijo una mujer, los pensadores y los ideólogos están condenados a la burla y a la afrenta. Quizás lo estuvieron siempre, pero la insolencia de los hombres de la fuerza se agiganta en ciertas épocas históricas, cuando las guerras desencadenan el furor de las pasiones y despiertan la fiera que duerme aún, no domada, en el fondo primitivo de donde trabajosamente, en esfuerzo heroico de liberación, se levantan los sentimientos y las obras de la civilización y la cultura.

“Por eso, principalmente por eso, es admirable este pensador que ante la insolvencia reagrada de los hombres de la fuerza, posee el valor y la audacia de su reto altivo y de la infinitud de su desprecio. Que otros admiren y ensalcen su obra de sociólogo, de filósofo, de americanista. Yo rindo homenaje al hombre que ama la libertad sobre todas las cosas, porque sé, con Marcelino Domingo, que sin el dolor que se siente cuando se pierde un derecho o se carece de un derecho, sin este dolor que prueba la riqueza de la sensibilidad humana, la sabiduría más excelsa es abyecta; que con este dolor, la ignorancia más abyecta es excelsa. Rindo mi homenaje al rebelde idealista que siente, como carne viva, la herida que en su patria de México abren y ahondan los hombres de la fuerza.



“Vasconcelos fue un día gobernante y creyó como Sarmiento que gobernar es educar. Sus detractores, los hombres de la fuerza, dijeron que derrochaba los caudales públicos, ellos que han derrochado en México no sólo el dinero, sino, a torrentes, lo que vale infinitamente más: la sangre, la vida, el espíritu de varias generaciones. Ellos, los hombres de la fuerza, para quienes una vida humana no vale nada, deploran la fecunda inversión de los dineros en la formación de almas y el beneficio de la riqueza espiritual. Educar es hacer aptos a los hombres para el gobierno propio...Gobernar debiera ser, por tanto, libertar. Libertar al hombre, sobre todo, de su propia ignorancia y de su propia incapacidad y luego, de la autoridad de los demás y de la autoridad de los hombres de la fuerza. Vasconcelos con aquel impulso asombroso que dio a la educación pública de México, impulso que fue el escándalo de los hombres de la fuerza, probó que el entendía así el papel del gobernante. Pero no pudo ser gobernante de la única manera racional, legítima, civilizada, porque esos hombres no quisieron colaborar con él...Los hombres de la fuerza que son hoy y han sido siempre los verdugos del gobierno, que han hecho de la historia una organización sistemática del crimen, que no son ni han sido nunca, con raras excepciones, los impulsores del progreso y de la civilización –los pueblos progresan y se civilizan en general, a pesar

de sus gobiernos-, no conciben ni ejercen la autoridad sino para su engrandecimiento propio, como egoísta y orgullosa satisfacción del placer de dominar, de oprimir...

“Y los hombres de la fuerza que persiguen las ideas cuando brotan del espíritu de los ideólogos y los pensadores de solo espíritu, que los engendra y posee legítimamente; los hombres de la fuerza se apoderan de esas ideas cuando, muertos sus legítimos progenitores y poseedores, pueden, a voluntad y capricho, desnaturalizarlas y prostituirlas. Y las convierten en señuelo para cautivar y engañar a los pueblos y en manto untuoso que cubra y oculte la miseria de sus obras y de sus hechos.

“Vasconcelos vivo, como Rodó, como Montalvo, como todos los idealistas, será hostilizado, será escarnecido por la grandeza y fuerza de sus ideas. Vasconcelos muerto, será un hombre glorioso e inmortal, timbre de orgullo de su patria, y sus nobles ideales caerán en manos de los hombres de la fuerza, para recibir el más cruel de los ultrajes, la violación inicua, que mancilla, que bastardea, que envilece. Por fortuna, caerán también en el surco de almas puras, de las almas buenas, donde sólo encontrarán el calor germinal que les dé la vida y las haga florecer, en el misterio y oscuridad de infinitos años, esperando el lejano día en que la historia se transforme y desaparezcan del haz de la tierra los hombres de la fuerza.

“He ahí un hombre que tiene un Inri en la frente, el Inri de las grandes ideas y de los nobles principios. He ahí una víctima y un blanco para el oído y el furor de los dueños del mundo”.

“Pero los hombres libres, lo saludamos con el fervor espiritual de quien encuentra a alguien o algo que nos reconcilia con la vida y el mundo, que resucita la muerta fe en la humanidad y sus futuros destinos”.

*“Quito, Ecuador, jueves 3 de julio de 1930.*

*JOSÉ RAFAEL BUSTAMANTE”.*  
*(Diario El Día)*

Este gran Bustamante es admirado y querido en su patria, aunque no seguido; pero la semilla de su prédica, sobrevivirá a la racha de comunismos y fascismos que han corrompido a toda una generación. Y en la nueva era de la libertad y la justicia, si alguna vez se produce, su nombre figurará hermanado con el de Montalvo. Y si esa era no adviene, nada pierde con ello Bustamante, abroquelado desde hoy en alto y generoso desprecio de la iniquidad. Y no son raras, en el Ecuador, las almas del temple de Bustamante.

## EL CHIMBORAZO

Habíamos pasado el día, mi compañero Restrepo y yo, como huéspedes de Ambato, la patria chica de Montalvo. Una sociedad local tiene a su cargo la conservación de

la casa que habitó una temporada el proscrito y el mantenimiento del culto nacional de su obra. Por la mañana subimos la colina en cuyos planos altos, no muy espaciosos, están las ruinas de tres o cuatro salitas modestas en el centro de un jardín de tierra templada. En vano buscan los ojos la Biblioteca que debiera ser el tesoro del lugar, los objetos familiares que en Europa o Estados Unidos adornan las casas museos de otros grandes conforme al espíritu. Quizás ni el mismo Montalvo llegó a juntar una buena colección de libros, ni pudo rodearse de los pequeños lujos de belleza que cualquier escritor mediano adquiere, si tiene la fortuna de nacer fuera de las malditas zonas militarizadas de nuestro Continente. Más, mucho más ambiente subsiste en la casa de Jorge Isaacs, en Colombia. Y eso que las personas que forman la sociedad montalviana de Ambato son ilustradas, entusiastas, devotas del gran hombre, pero no tienen el mando, están como todo el resto del país, subordinadas a los vaivenes de la milicia que se turna en el poder y simula todo, lo mismo la democracia que la cultura, pero es incapaz de crear, incapaz siquiera de conservar, inepta para entender un mensaje como el de Montalvo. Leen acaso, los contemporáneos, sus páginas violentas y aun las aplauden, pero no se dan cuenta de que siguen estando dirigidas contra ellos, enderezadas contra el militarismo de la hora, no sólo contra el pretérito.

Una infinita depresión moral ocasiona la visita de Ambato, aglomerado de criollos empobrecidos, cansados de soñar proyectos nobles, que cada vez resultan fallidos.

Y pensábamos: si Montalvo reapareciese, volvían a echarlo, gentes como las de su época. Con Zaldumbide no se meten porque es un esteta. Si se pusiese a predicar, lo expatriaban pero sin sueldo.

Las carreteras están bastante adelantadas en el Ecuador; la obra material no necesita de genio, le basta con producir rendimientos a la codicia. Porque permite negocio con los dineros públicos el asunto de las carreteras, encuentra acogida fácil en los ineptos gobiernos. Y algo queda, aunque sea un terraplén sin asfaltar. Bien apisonadas estaban las principales carreteras que yo recorrí. De suerte que se podía dormirar en el trayecto, y esto es lo esencial para que un camino merezca su nombre, que sea lugar de reposo para el cuerpo y tarea, nada más, de la máquina que opera el transporte.

Dormitábamos, pues, en un rincón del asiento trasero, cuando el chofer ambateño, enamorado, como buen ecuatoriano, de las bellezas de su país, avisó: *El Chimborazo*. Y por el lado derecho de la ventanilla del auto, pudimos contemplar un cono ancho de base y muy esbelto; blanqueado de nieve y de luna. Se le sentía tan próximo, que no nos sorprendió el frío que soplaba. Por abajo, se perdía de vista el valle cubierto

de sombras. En la soledad, el cono majestuoso relucía como si fuese de cristal. El corazón envidiaba aquel reposo duradero; luego, reflexionando, se recogía otra vez dentro de sí, porque mañana el volcán rodará junto con las arenas del valle rumbo al mar, que todo traga, en tanto que el alma, para entonces, habrá cambiado, quizás hasta de constelación.

Agradable y cómodo es el hotel de Riobamba: en sus comercios venden bustillos de Sucre (tallados de marfil vegetal que el Ecuador exporta para la manufactura de botones), también pinturas en tabletas de hueso y tarjetas vistosas. Nada de eso hay en Colombia. Se nos ocurre que las artes populares, todas de origen colonial, subsisten donde hay población aborigen; desaparecen de Colombia, de la Argentina, porque el inmigrante trae oficios más lucrativos, incluso arte más formal. De madrugada nos despiertan para abordar el tren que nos conducirá a la costa.

## TIERRA BAJA

El ferrocarril que liga el altiplano con la costa es en el Ecuador una escala angulosa, irregular, de atrevidas pendientes. Los precipicios son tan profundos que el viajero no los aprecia desde el vagón. Es necesario contemplar el trazo, así que se ha hecho alto en alguna estación intermedia, para darse cuenta de la audacia del constructor. Esculpidos

sobre la roca aparecen algunos tramos de vía; enormes basaltos de una pieza sostienen el acantilado; fatiga la desnudez de las sierras; entristece el ambiente frío y, por fortuna, al producirse el descenso, la vegetación irrumpe y el organismo recobra su plenitud. En las horas de la tarde, se atraviesa la zona costera revestida de floresta virgen. De las casas ahogadas en la espesura, salen niños bulliciosos, mujeres en claras telas, hombres de camisa limpia. En cada parada, el convoy se ve cercado de curiosos.

Las caras, los ademanes, recuerdan el tipo de nuestra costa vecacruzana. Nos creeríamos también por las Antillas. La naturaleza, las construcciones, el vestido y aun el dejo de la pronunciación, revelan el estrecho parentesco. Por momentos, ciertas figuras femeninas hacían creer que estábamos ante maestras de Colombia o de nuestra costa del Pacífico. Varias estaciones antes del puerto, subieron al vagón comisiones de vecinos de Guayaquil y de las aldeas próximas, en traje blanco de lino los hombres, flores en las manos, señoras para dar la bienvenida al mexicano y anunciarle el programa de festejos.

Al descender en Guayaquil, otra comisión, muy formal, me comunicó el acuerdo del Ayuntamiento que se hacía cargo de mi hospedaje y me hizo entrega de un precioso, auténtico pergamino, grabado en oro y esmaltes por un artista local. Con-

tenía la bienvenida firmada de unos cuarenta vecinos notables: maestros, periodistas, comerciantes. El afán de unificar el continente hispánico, tema popular en el Sur, y la campaña favorable que me habían estado haciendo los dos diarios principales del Puerto, *El telégrafo* y *El Comercio*, explican que la estación estuviese concurrida como para el arribo de una fama nacional. El soplo del mar, la cercanía de las selvas tropicales, la abundancia de sol, determinaban aquella despreocupada alegría, de almas de pájaro, sedientas de vuelo y de luz. Muy lejos había quedado el encogimiento que a veces creemos exclusivo de nuestros indios y que puede observar otra vez en la meseta andina, desde Pasto hasta Quito y Ambato, y que probablemente se debe a la indumentaria tradicional del poncho, el sarape incómodo embozo que abriga mal, pero ata los brazos y al suprimir el ademán entorpece la lengua también.

¡Oh climas terribles de la América Hispana! A lo mejor de la raza anglosajona quisiera ver en la lucha del trópico, seguro de que lo harían peor que los descendientes de españoles. Y justamente de esto hablé en una conferencia, apuntando al ejemplo de Jamaica, degenerada, convertida en factoría, desde que la tomaron los ingleses, y en contraste con Cuba y Santo Domingo, al fin y al cabo naciones con lugar en la historia moderna. Un viejo residente inglés me contradijo en un diario y ello

dio lugar a que no se hablara de otra cosa por varios días. Tomó mi partido la mayoría y me anotaron otro punto en la columna de la mala conducta, los de las fuerzas ocultas que rastreaban mi camino y me oponían obstáculos. ¡Qué era eso de disgustar a los ingleses! Y aunque de pronto callaron, en la sombra intrigaban rotarios y metodistas, en general, los siervos de la sajonería internacional, más bien dicho, y según hoy se ve claro, de la judería bancario-bolchevizonte. Uno de los más afamados constabularios de mister Morrow, el aviador ortizrubista Sidar, había pasado por Guayaquil meses antes, pero a lo que parece no supo crear simpatías. “Aquí mismo donde estamos sentados, en este café porteño, me dijo un redactor de *El Telégrafo*, estuvo su paisano Sidar, que consumió unos vuelos, por cuenta de su país y tomaba la copa conmigo. Y le pregunté: ¿Qué probabilidades tiene Vasconcelos de ser Presidente de México? Según los mensajes de la prensa, lo siguen las poblaciones en masa.

-Ningunas- contestó Sidar, y añadió convincente y convencido: ¡Qué no ve que nosotros ganamos el poder a... y no lo soltaremos sino a la fuerza!... – Y rió con cinismo: se hallaba medio ebrio y ya había estrellado un par de aparatos costosísimos, de marca norteamericana”. Más tarde, se clavó en otro avión por el Caribe y si mal no recuerdo, lo han consagrado héroe nacional.

Pero ya se comprende la utilidad que me prestaron estos propagandistas de desprestigio, para la tarea que yo llevaba de enseñar a los sudamericanos el porvenir que aguarda a las naciones que entregan su alma al extranjero y no sólo sus bienes. Predicaba, parodiando a los judíos de la época buena: Dejad, si es inevitable, que el romano haga el puente, pero no le toméis la religión, no toleréis que el busto del César reemplace el Arca de la Alianza en el templo. Así nosotros podemos soportar la obra material de los ferrocarriles y las carreteras y aun aprovecharlas; siempre y cuando nuestra cultura alcance normas libres y propias.

Con todos y ciertos aspectos de controversia y de sorda lucha, fueron muy agradables los días que pasé en Guayaquil, por obra, principalmente, del Rector del Colegio Secundario, sus profesores y alumnos. Se verificó, en esos días, un concurso internacional de oratoria: Estudiantes de Norteamérica, de colegios protestantes, visitaron Guayaquil para contender amistosamente con los ecuatorianos. Falló el jurado a favor de éstos y se tuvo la gentileza de invitarme a presidir la fiesta en que fueron entregados los diplomas. Y resultó la ocasión, un pretexto para el desahogo del delirio patriótico más puro. Justo es decir, además, que la paliza la soportaron los yanquis con inteligencia y caballerosidad. Entre ovaciones prolongadas, dije palabras de

estímulo para los jóvenes y entregué los pergaminos. El salón henchido, disfrutaba el legítimo triunfo de los nacionales. Y en medio del bullicio victorioso, pensaba yo con tristeza en que ningún colegio de mi patria se hubiera atrevido, por aquellos días, a reconocerme como lo hacían los ecuatorianos: un político militante de la raza; no el simple maestro que los fariseos querían hacer de mí en mi país. Un grupo de vecinos prominentes nos obsequió un paseo por la ría anchísima y azul, poblada de garzas en las márgenes, infestada de mosquitos en las Ciénegas. Horas enteras disfrutamos el panorama y las conversaciones. Al oscurecer, merendamos las rueditas de plátano frito, el alimento popular del país.

En la cubierta del barco que debía llevarme a La Habana, despedí a Restrepo, mi querido compañero de viaje, el excelente muchacho de Popayán, y tomé de secretario honorario a un mexicano que regresaba de Nueva York, después de una gira comercial por cuenta de una casa norteamericana. Su familia, arruinada por el militarismo endémico en nuestra patria, emigró siendo él un niño. Educado en los Estados Unidos, ganaba comisiones elevadas y se mantenía fiel a su sangre. No quería sin embargo, regresar a su país mientras siguiese imperando la barbarie. En la aldea que fabrica los mejores jipi japas, había adquirido una docena de ejemplares finísimos a precio

reducido. Uno de ellos me obsequió, que en Nueva York hubiera costado un dineral y me aleccionó en el arte de apreciar las calidades; lección que aproveché al comprar a bordo, y para obsequios de familia, dos o tres de los que ofrecen en los puertos del Pacífico. El Rector del Colegio guayaquileño, me regaló una caja de puros ecuatorianos que perfumaron la travesía, me convirtieron en humo las penas y las saudades. Un ladrillo de chocolate escogido, que esperaba aprovechar cuando tuviera casa en algún sitio, se derritió, se agusanó con el calor... "sic transit" los bienes del mundo. Pero mi Panamá de lujo, ligero y fresco, me duró no sé cuántos veranos.